

STUDIA AFRICANA

4
MARÇ
1993

PUBLICACIÓ DEL CENTRE D'ESTUDIS AFRICANS-BARCELONA



Sendai
ediciones

P.V.P. 1000 Ptas.

SEMIOLÒGIA DE LA MUERTE FANG*

Juan Bautista OSUBITA

La muerte, inefable fenómeno natural y universal, origina radicales conmociones que afectan hondamente el entorno próximo de todo hombre que la padezca. A primera vista, aquélla es tenida como un total aniquilamiento, con lo que transtorna nuestro entendimiento y conturba nuestros sentidos, debido a que la mente humana no acierta a imaginarse la nada absoluta. Ante esa insoslayable realidad, han batido las distintas sociedades humanas una explicación sobre su origen, sus efectos y su función.

El objetivo de esta exposición será examinar la peculiar representación que los fang se hacen de la muerte y las actitudes que se han forjado sobre ella con vistas a asumir y trascender plena y soberanamente esta afligente y horripilante realidad que se conoce por el postrer tránsito. En efecto, la analogía de comportamientos manifestados por los hombres ante la muerte con las actitudes que observan ante determinadas situaciones de la evolución de la vida del hombre permite que sean clasificados en una categoría de ceremonias específicas que se denominan ritos de tránsito.¹

En ciertas sociedades,² parecidos ritos son ejecutados con ocasión del nacimiento, la pubertad, el casamiento, la progresión de estatus o de clase de edad, la circuncisión, la especialización en alguna ocupación, caza o pesca. Tienen por finalidad marcar socialmente cualquier cambio de situación física de un individuo o todo paso de éste de una sociedad especial a otra sociedad especial al interior de la sociedad general,³ por cuanto que tales evoluciones provocan acciones y reacciones en la esfera de lo profano y lo sagrado, con el consiguiente riesgo de vulneración de la sociedad entera.

* Los fang, etnia bantú del África central occidental, que agrupa alrededor del millón de individuos, están repartidos en los actuales estados de Camerún, Congo, Gabón y Guinea Ecuatorial donde se afincaron al término de una larga migración a través de la selva. Son en esencia conocidos en el mundo artístico por su arte eminentemente religioso, cuyos modelos influyeron indudablemente sobre el cubismo. Son máscaras y sobre todo figuritas representativas de antepasados fallecidos, de formas geométricas perfectas, en actitud meditativa, espiritual, realidad superior de toda religiosidad a través de la cual el culto era rendido al Ser Supremo.

Los antropólogos describen su organización social como acéfala. Pese a esta privación de jefes supremos, sus individuos fueron por lo general tenidos por dinámicos e íntegros, tanto física como moralmente, ya sea por los administradores coloniales, ya sea por los misioneros, granjeándose la simpatía y estima de unos y otros. Estas virtudes físicas y morales eran adquiridas mediante un aprendizaje y un entrenamiento rígidos operados durante las ceremonias iniciáticas que regulaban las distintas etapas de las vidas personales, clasificadas por el sexo o por la edad.

Las iniciaciones y demás ceremonias religiosas ocupaban un tiempo evidentemente ínfimo, ante el trajín cotidiano para obtener ganancias de una naturaleza sumamente hostil. Importa apuntar esta observación a fin de desmontar otro cliché etnológico gozosamente difundido. Por lo demás, por encima de los ritos individuales, por sexo o por edad, se situaban las grandes órdenes rituales que se pueden definir como nacionales: el *nguil* (guerra, policía, justicia), el *ndong-mba* (confesión social y purificación) y *bebom-nnet* (soporte ideológico y poético). Mucho es lo que ha estudiado la antropología sobre los fang y muchísimo lo que todavía puede descubrir.

Origen mítico de la muerte

Dentro de las sucesivas etapas del hilo existencial del hombre y de sus diversas ocupaciones, la muerte adquiere la forma de una transición de radicales consecuencias. A través de ella se nos desvela con meridiana claridad el valor nuclear del individuo en el seno de la sociedad fang. Se destaca como un nudo y un centro de relaciones. Por una parte, es un eslabón en la cadena generacional, a partir del cual es factible remontarse a los orígenes ancestrales y subseguirse a la determinación y promoción de su progenie; por otra parte, es un elemento medular en la constelación societal, con la que se funde íntimamente, de manera que, fuera de ella, se diluiría toda su consistencia ontológica o axiológica.⁵

No ha de extrañar, pues, que ante el aparente e insostenible espectáculo de su finitud, el hombre se obligue a indagar su etiología en la noche de los tiempos primordiales. A tal ejercicio convida el análisis de los mitos, que, como se sabe, son relatos sobre los orígenes, la forma en que el mundo, los fenómenos que en él se registran, y el hombre abocaron a su forma actual bajo los impulsos del sagrado y dinámico gesto de seres sobrenaturales.⁶ El mito fang del origen de la muerte reza así:⁷

«El huevo, aki, creado por el Ser primordial, Mebegue, se abrió dando vida a Zama, Dios creador, a Ñenguan, su hermana, y a Ndong. Pero del huevo también surgió Song o Evú, principio del Mal-principio de Muerte. Cada una de estas criaturas debía reinar sobre una parte del universo. Evú se quedó en el mundo salvaje. Ñenguan, celosa de su hermano Zama, siguió a Evú en su territorio, que les había sido prohibido por Mebegue. Evú avivó más la envidia de Ñenguan y le prometió que le enseñaría también a crear, con lo que se introdujo en ella a pesar de carecer de orificio. De regreso al poblado, Ñenguan llevaba a Evú en su seno, esto es, el principio maléfico. Furioso, Mebegue resolvió abandonar a sus hijos. Ñenguan inició a su hermano Ndong en las cosas del sexo y, en una relación incestuosa, dio a luz a los hombres mortales. Por lo demás, Evú consiguió enseñar una gran variedad de técnicas secretas a Zama. Así es como el Mal—la Muerte— se extendió por doquier y Evú se nutre de cualquier criatura viviente».

Este mito es particularmente interesante por su gran número de enseñanzas.⁸ Nótese la identificación de la muerte como el Mal por antonomasia; obsérvense las nefandas consecuencias de la desobediencia de los hijos a los mayores, representantes de la tradición; repárese en los perjuicios inferidos de la concupiscencia mal orientada, a saber, hacia la esencial abominación, la fornicación incestuosa en una sociedad visceralmente exogámica—una transgresión moral quizás sólo imaginable con los dioses—;⁹ téngase presente el aspecto negativo de la ambivalencia femenina, al propio tiempo «vagina canibálica» por el **evú** y «matriz de regeneración», fuente de vida y fuente de muerte;¹⁰ imagínese la violencia de la penetración en un organismo compacto tanto para dar vida como para quitarla; véase como tiene confirmación una creencia anclada en la conciencia fang, la causalidad de la muerte proyectada al entorno familiar y social propincuo; señálese, siempre a propósito de la mujer, el papel primordial que se le reconoce como vector de la hechicería con sus técnicas maléficas en la sociedad. Pero, paradójicamente, también son los detentores del *evu*, los **beyem**, los concedores, quienes adquieren el preciado don de la clarividencia con la que se obtiene una doble percepción, la de la visible apariencia y la de la invisible realidad.

La muerte, por lo tanto, ya se manifestó desde la noche de los tiempos primordiales. Es consustancial a los humanos, por razón de la culpabilidad mortífera de los originarios antepasados del hombre fang. Es la incontornable negatividad humana y social. Vale la pena apuntar ahora las reacciones del fang confrontado a tal catástrofe existencial.

La genera

Sobrevien
un esquem
considere t
autoriza su
provisional
de la perso
o meses de

Los prim
irradiación
de la integr
de una esta
al grupo. L
cuanto más
Con todo, i
Por consig

violencia c

El deber
impone la
to. Esta imp
como la ev
que deja d
principio h
al ser defir
pero aquí
extiende, r
y del ser c

mayor pro
Así reco
miembros
generaliza
que se seg
pervivient
implica ni
fórmula de
y no como

Pero la
volcándol
comunida
voluntad
los fang se
fundamer
por un lar

La pred
intimaron
fallecido
que éstas,

La generalización de la negatividad

Sobrevenida la muerte de un fang, los correspondientes ritos funerarios se estructuran según un esquema prescrito e invariable en sus líneas generales, toda vez que la defunción se considere tolerable y normal.¹¹ Una primera aproximación al conjunto de ritos funerarios autoriza su escisión en dos grandes grupos: por una parte, los primeros funerales o provisionales, que se despliegan al producirse el estado de pérdida de las funciones vitales de la persona; por otra parte, las segundas honras fúnebres, que tienen lugar días, semanas o meses después del enterramiento. Son las exequias definitivas.¹²

Los primeros funerales se originan tras la comprobación del corte de uno de los focos de irradiación energética que circula entre los miembros de una sociedad como consecuencia de la integración orgánica de los seres. Por la obligada solidaridad cosmológica, el derrumbe de una establecida y confortante interacción entre individuos afecta tanto a las personas como al grupo. La ruina alcanza de forma tanto más inmediata y directa a los miembros del grupo cuanto más estrechamente vinculados estén, por consanguinidad o por alianza, con el finado. Con todo, es todo el sistema el que se resiente de la desaparición de uno de sus elementos. Por consiguiente, será impostergable oponer el signo positivo al sistema empalagado por la violencia de un impulso negativo.

El deber de solidaridad a doble sentido que se ejerce del individuo al grupo y de éste a aquél impone la acriminación del grupo o de uno de sus componentes cuando se da un fallecimiento. Esta imputación no es tanto o siempre secuela de la actuación de una voluntad malévola, como la evidencia de estar ejercitándose el principio de integralidad orgánica del ser fang, que deja de ser porque ha disminuido el dinamismo global que lo informa todo. Según este principio holístico, «todo remite a la totalidad; la porción del ser a todo el ser, el ser individual al ser definido como conjunto de seres».¹³ Las implicaciones de este principio son múltiples, pero aquí será suficiente con señalar, a título de ejemplo, que la práctica terapéutica fang se extiende, más allá de la zona corporal afectada, a la integralidad orgánica del ser individual y del ser colectivo, por cuanto que persigue un incremento general de la fuerza vital, una mayor protección contra cualquier eventual merma de fuerzas.¹⁴

Así reconocida la culpabilidad mortífera de la sociedad en toda muerte de uno de sus miembros, no le quedará sino asumir la nocividad y la letalidad de dicha pérdida. Se generalizará, por tanto, el efecto negativo de ésta al conjunto del sistema, ello durante los días que se seguirán al advenimiento de la catástrofe física del individuo.¹⁵ Sin embargo, los supervivientes realizan paralelamente que el quebranto de uno de los eslabones del sistema no implica necesariamente el desbarajuste del mecanismo. La irreparable pérdida, según la fórmula de Robert Jaulin, «se manifiesta como una privación existencial —la del individuo— y no como una negación existencial».¹⁶

Pero la sociedad resuelve esta inculpación y esta generalización de la negatividad volcándolas en un miembro designado del grupo, que actúa de chivo expiatorio de la comunidad supuestamente homicida. Explica esta medida, en apariencia cruel e injusta, la voluntad de desembarazar a la sociedad toda del riesgo de un aniquilamiento seguro, pues los fang se inscriben en el conjunto de sociedades dirigidas por el carácter y cuya ideología fundamental es el esfuerzo y la lucha constantes, donde resultan impensables seres en reposo por un largo lapso de tiempo.¹⁷

La predilección de la víctima propiciatoria del grupo recae sobre las personas que más intimaron física y espiritualmente con el finado: los cónyuges. En efecto, son las hermanas del fallecido las ejecutoras de la tanda de vejaciones e insultos que se imponen a las viudas,¹⁸ ya que éstas, por la fuerza del lazo matrimonial, se transformaron en auténticas hijas en el seno

